

FELIPE CUEVAS RUIZ

# La agonía de las dahlías

Única Obra con Mención Honrosa en el  
Premio Internacional de Novela Kipus  
Segunda Versión

Grupo Editorial  
Kipus



Todo ha cambiado para Elías desde que los autobuses amarillos comenzaron a estacionarse frente a la entrada de su edificio de departamentos en la calle Georgia. Enfrente se encuentra una propiedad donde alguna vez hubo un taller mecánico que cerró. Se trata de un terreno bardado y techado con estructuras de acero de dos aguas cubiertas con láminas. Un portón gris de hierro resguarda el interior; de hecho, todo está pintado de gris: barda, puerta, ventanas; es una grisura a la que los vecinos están acostumbrados e incluso ignoran. Da la sensación de un fortín. Ha permanecido vacío por meses; sin embargo, hace poco, un colegio privado lo ha rentado para guardar allí su transporte escolar. Son decenas los camiones que se plantan en la calle después de juntar y repartir niños; una tropa leonada que maniobran los choferes para acomodarlos dentro por la noche y sacarlos en la madrugada. Indigna el retintín intermitente cuando los conducen de reversa.

Es medianoche. Elías está sentado a la mesa. La luz parpadea. Tiene en las manos la carta que cada mes le envía Alicia desde la cárcel. Es afecto a la razón y al pragmatismo, así que, ¿cómo culpar al camión que un día bloqueaba la entrada del estacionamiento cuando ella quiso salir con su auto para pagar las cuentas? Como no halló quién lo moviera, decidió irse a pie. Mientras se dirigía a Insurgentes, fue secuestrada. No se supo de su paradero en días, pero como nadie llamó para exigir el pago del rescate, se dudó que hubiera sucedido. Un día la policía llamó. Le pidieron que se presentara de inmediato en Santa Martha Acatitla. “¿Dónde? ¿Para qué?”, cuestionó él con su acento escandinavo. “Para aclarar lo conducente a su señora”, escuchó que un hombre le dijo sin recibir más explicaciones. Tomó nota del juzgado y colgó. La mirada bovina y poniendo una pizca de tabaco SNUS en la encía, caminó de un lado a otro, como si alimentara las suposiciones más lúgubres y vaporosas. Entonces se dirigió a la penitenciaría.

Se siente abatido. La vida se ha vuelto de pronto cruel e inconcebible. A pesar de la violencia reinante, no creyó que a ellos les fuera a pasar algo. Tiene cuarenta y cinco años y dieciocho de vivir en la Ciudad de México. Es un hombre simpático e inteligente; alto y rubio como muchos suecos, si bien una incipiente calvicie ya se le nota. Tiene ojos azules y la piel bronceada por el sol mexicano. Es afable y espléndido, pero firme; su apariencia enérgica deja ver su franqueza, su honestidad sin pretextos; es capaz de convertirse en un vikingo y golpear si hace falta cuando sus seres queridos son agraviados. Luego de venir a trabajar a México y conocer a Alicia en la Zona Rosa, vivieron juntos un tiempo en Montreal, se casaron y se establecieron en el DF. No

obstante, ahora están separados; no han podido conciliar sus diferencias. ¿Será que buscaban el entendimiento y la compatibilidad en la absoluta diferencia entre lo mexicano y lo sueco? Y es que ambos son harto lúcidos, harto hábiles y demasiado orgullosos para ser victimizados por el otro. Haciendo gala de civilidad —una actitud que ambos consideraron sensata— han decidido romper la unión y comprobar si acaso en el futuro las piezas vuelven a fundirse como gotas de mercurio, cercanas una de la otra. Por ello comenzaron a vivir así precisamente: próximos uno del otro. Compraron un departamento disponible en el mismo edificio y, tras el rompimiento, ella comenzó a vivir allí; se volvieron vecinos, hasta que sobrevino el día en que un autobús escolar bloqueó la entrada.

Oye en sordina el ruido de una reversa. *Otro pinchi camión*. Cree haberse sumergido en una suerte de postración permanente; así comenzó a sentirse desde que vio a Alicia encarcelada. No sabe qué hacer con la carta, si leerla o desecharla. Está al tanto de que contiene reflexiones y la descripción de su miseria, detalles de la cárcel que le parecen repugnantes. «Es inaudito lo que allí sucede y no puedo cuidarla», piensa. No supo sortear los vericuetos de la corrupción; por eso, un día, Alicia le pidió que dejara de visitarla. «Ya no vengas, Peters —lo llama así por Petersson, su apellido—. Cuando lo haces me va peor. Eso de estar casada con un güerito que no sabe dar mordida está de la fregada. ¡No vengas, plis! Nada más dame quinientos a la semana; no más, porque me lo quitan».

Ninguno le había dado importancia a lo cronológico de su existencia y ahora los días se han alineado, se han convertido en una cadena de tiempo agotadora: tiempo lerdo, tiempo que ensalza más la lentitud, el tedio, que su contenido. Parece también que Alicia no le perdona que haya querido ayudarle. ¿Cuál habrá sido la consecuencia de ello? Hoy la cronología lo es todo. Reflexiona e intenta reconstruir la memoria insoportable. Tiene la carta en las manos, con ella se dirige a un pasado que se recrea por sí solo como si fuera ayer, aunque la desaparición y el encarcelamiento sucedió hace ya unos meses. En el penal entra en un recinto con escritorios atestados de pilas de expedientes. Hay burócratas atareados caminando de un lado a otro o escribiendo en sus computadoras. El aire está viciado. Al fondo se encuentra lo que consideró el escritorio principal. Ante éste, está sentada una mujer madura, entrada en carnes, con una gran papada y ojeras de árabe. Tiene el pelo cubierto por una mascada. Elías, escoltado por un guardia de aspecto somnoliento, toma asiento obedeciendo al gesto de la mujer. “Buenos días, haga favor de tomar asiento; soy la licenciada Edelmira González, agente del Ministerio Público encargada de tomar la declaración preparatoria de la ciudadana Alicia Corcuera —dice— quien es, tengo entendido, su cónyuge; ella saldrá en un momento más a la rejilla de prácticas para rendir dicha

declaración; ¿desea explicarme su versión de lo sucedido?” “¿Puedo verla? —replica Elías—, ¿hablar con ella?” “Sí, —responde ella— pero primero dígame su versión de los hechos”. Elías relata la desaparición y la llamada de esa mañana. Un secretario toma nota y traduce sus palabras a lenguaje legal. La licenciada —a él la da ahora le da la impresión de que de noche regentea una casa de putas. ¿Habrá sido por los collares de fantasía? ¿Por los descomunales anillos en sus dedos regordetes, por el color de las uñas y el tonillo siniestro y sugerente con que habla?— insiste, quizá sin ánimo de ser mordaz: “¿Está seguro, señor, de que no llamaron para pedir rescate?” “Sí, estoy seguro, señora; nadie dejó mensaje en el contestador.” “¿O sea que no estuvo en casa en todo momento para conocer el paradero de su esposa?” “También tengo celular. . . —responde Elías alzando las cejas— de pedir recompensa, ¿no cree que mi esposa hubiera dado también ese número?”

La licenciada entrelaza las manos. Lo mira de fijo dándole a entender que no está para ironías. Elías resiste. Serio y enfocado como está, pide verla, porque no sabe nada, ni qué diablos hace Alicia aquí. “Ya veremos”, —responde la licenciada. Él se pone de pie, levanta la mirada y observa que alguien aparece detrás de la rejilla de prácticas; una especie de celda protegida por celosía cuadrículada. Es ella. Alicia viste de beige, tiene el cabello atado en una cola, pero se ve diferente. Sus miradas se encuentran, pero mantienen el silencio. El guardia toma a Elías del brazo para llevárselo. Él se niega con un movimiento brusco del codo, logra zafarse e intenta avanzar hacia la rejilla, pero no se lo permiten. El guardia lo vuelve a sujetar y dos policías más le cierran el paso. La licenciada no se inmuta y le aclara que no puede aproximarse. “Debe esperar en la salita, señor Pet. . . Peters. . . Peter. . . sson; llévenlo”.

“¡Me secuestraron, Peters!, —grita Alicia— ¡me encerraron y me obligaron a hacer cosas!; ¡no hagas caso de lo que te digan!”

Elías no sabe qué decir. Ya lo llevan a otra parte. No se le ocurre cómo darle ánimo. “Det är åt helvetel!”, vocifera.

La salita es en realidad un pasillo que parece no llevar a ningún lado. Está oscuro. No hay dónde sentarse. Tampoco tiene celular ni nada con qué entretenerse. Permanece allí por horas sin enterarse de nada, sentado en el piso. No logra hablar con Alicia. Anochece en el juzgado. Esa noche lo devuelve al instante que ahora vive. El timbre lo termina por sacar del trance. Da un brinco, meneas la cabeza y se pregunta quién podrá ser a esa hora. Abre la puerta y ve la figura disminuida del portero. Su tez es oscura, tiene rostro cacarizo, ojos pequeños y mirada distante. Se concentra en la nariz aplastada por el boxeo de su juventud: “Qué horas son éstas, Romualdo”. “Disculpe, don Elías, pero vine a decirle que ya se rentó el departamento de la señora Alicia —dice el portero— ya ve que me lo encargó y si alguien se animaba,

pues no hay bronca, yo lo rento y punto, y pus ya se rentó, como ve”. Elías alza las cejas y responde: “Qué bien; ¿y quién se animó?” “Una señorita un tanto rara, si me lo permite, don; así con los poquitos muebles que tiene, dijo que le gustaba, que no necesitaba más, pero sí me comentó que cómo se atrevió usted a poner ‘amueblado’ en el periódico si en realidad no está amueblado, con una mesa, una silla y una cama individual; parece celda de convento, dijo ella; hasta levantó los deditos y los hizo así para decir *amueblado*; bueno, don, pa no hacerle el cuento largo, que saca un fajo de lana y que me paga el año entero; aquí está la feria, mire; tenga”. El portero le extiende el fajo de billetes. Elías lo toma sin contarlos y se lo guarda en el bolsillo. “¿Por qué dices que es rara?”, pregunta Elías. “No sé si rara, don, pero tiene algo; no es que sea fea, al contrario, es muy bonita de cara, flaquita, muy menudita ella, pero pus se le percibe algo fuera de lo ordinario; parece una de esas intelectuales porque ya luego llegó con una camioneta y lo único que bajaron los cargadores fue su ropa y un chingo de libros; pero no se crea que unos cuantos, don, sino un chingo de veras; ya luego quiso salir del estacionamiento con su carro y me dejó el contrato firmado que luego le doy porque ahorita lo olvidé all’abajo; y ichin!, que se queja porque un camión estaba otra vez enfrente, y ahí me tiene yendo a hacerla de pedo al encargado hasta que lo quitaron; parece que no ha regresado, no se ve luz y no está su coche”. Elías se encoge de hombros: “Tal vez no se ha mudado aún”. “A lo mejor, don; pero ya la verá; bueno, me voy porque ya sabe cómo se pone mi vieja. . . , que pase buena noche”.

Cierra la puerta, corre el cerrojo y lo primero que hace es abrir la ventana del pasillo interior y asomarse a la de enfrente. En efecto, las luces están apagadas. No hay nadie. Cierra la ventana. La arquitectura es inusual. El edificio es relativamente nuevo. Los departamentos de arriba son tríplex: en el nivel inferior hay dos recámaras; en medio, el espacio para apenas un sofá, comedor, cocina y la ventana que, precisamente, tiene vista hacia el departamento vecino, igual a éste y que habitaba Alicia, su esposa; arriba, la azotea, útil para tender la ropa y como terraza, con asador y comedor de teka.

Elías apaga las luces y baja a dormir. Siempre le ha dado la sensación de que su cuarto es en realidad un sótano, aunque entre algo de luz por los vitroblocs de un costado. En la cama, bocarriba, descubre insólitas formas en el plafón. Está sorprendido porque no esperaba la aparición del portero. Piensa en la vecina. ¿Será tan extraña como dice Romualdo? Nace en él una ilusión por ella; no obstante, surge el recuerdo de Alicia, la imagen de su cuerpo una noche veraniega en Puerto Vallarta, estremecida, encima de él, con su expresión más atrevida y el cabello castaño cubriéndole el rostro en cada vaivén, manchada de pecas en hombros y

senos, gozando. Lo asalta un dolor espiritual que no es capaz de reprimir y que no había sentido antes. *Detta är en kånsla?* Entonces se masturba y eyacula; semen y pensamiento fluyen. Oye a lo lejos el sonido de reversa de un camión escolar. Cuando el ensueño ha concluido, intenta llorar, pero solo solloza. En el fondo no sabe si lo que siente es dolor. No acepta su soledad. Una cosa es que haya estado a punto del divorcio, y otra que secuestraran a su mujer y después la obligaran a hacer lo que hizo con una peluca y una bomba falsa colocada en el pecho, cubierta por una patética sudadera gris con Bart Simpson estampado en el pecho. El intento fue fallido, aún así, está en proceso de ser sentenciada *ad absurdum* a quince años de prisión. Tampoco admite que sea alguien más quien habite el otro apartamento, pero la renta para solventar los gastos de la reclusión y los honorarios del abogado son indispensables.

Se enjuga la mano con las sábanas. Qué batidillo, dice, emulando a su mujer cuando terminaban de hacerlo e iba al baño, encendía la luz y le dejaba ver su desnudez sin tapujos, su sonrisa de lozanía y salud, prisionera de un aspecto inmejorable.

## Mi adorado Elías:

Un perro verde y desnutrido, imán de moscas, soy yo en prisión. Alguien que se distingue entre las oscilaciones del aire caliente y la tierra suspendida cuando en el patio del penal camino sin rumbo, primero a lo lejos, luego entre las reclusas que me insultan, me empujan, me tiran... Debajo de mí el suelo tiembla. Pareciera como si tuviera voluntad y tampoco deseara soportar mi peso. ¿Acaso prevé mi muerte? Reconoce el olor de mi sangre que se derrama y ha formado un charco que se cuele por grietas que va rellenando caprichosamente. No sé si tengo la expresión de la sorpresa —o de la nostalgia— tallada en los pliegues de mi cara, por la libertad que he perdido, acusada de un crimen que no cometí.

Desde que ingresé y se inició mi proceso, no me bajan de falsa y burguesa, apoyados en el periodismo delirante que incluso me brindó mis semanas de fama. Hasta un apodo me pusieron los diarios: “doña Triquiñuelas”. Doña Triqui, me llaman aquí dentro. No les interesa mi nombre. Hasta ahora, no ha habido ninguna interna que quiera ayudarme, y vaya que hay bastantes inocentes encerradas. Ya habrá quien me auxilie, si es que no me matan antes.

Luego de haber sido secuestrada, fue terrible cuando me ingresaron. Para entonces ya había perdido consciencia, así que poco recuerdo. Las circunstancias pasaban ante mí como en cámara lenta; las voces, dispersas, fantasmales. Solo se hacían reales cuando reconocía el acentillo de paradero de autobús con que la gente habla por aquí, y sus leperadas (ya sabes: según yo hablo normal. No hablo ni con acento de barrio ni como fresa). Me desnudaron para bañarme, según las custodias, quienes no tardaron en abusar de mí: manos recorriéndome... pellizcándome... amaratándome..., haciéndome cosas con los dedos que ni al más maniaco se le habría ocurrido. ¡Y mira que los hombres son unos cerdos! Las mujeres, cuando nos regodeamos en la oscuridad, somos más todo: más crueles, más depravadas. Por más que quise defenderme, mis manos y piernas me fueron sujetadas. Alguien pagó para tenerme la primera vez, según supe después. Hoy, abro las piernas al primer saludo. Las más gordas y fuertes me desnudan y yo de plano coopero poniéndome como me dicen para que hagan su santa voluntad conmigo. Es así o por la mala. Por la mala, mira cómo estoy. Cuando esté podrida —no falta mucho— o cuando mi carne no sea más una novedad, se detendrán; solo que alguna líder me encuentre utilidad y quiera apadrinarme. Lo cierto es que los primeros años son un infierno. Después

la cosa cambia, dicen. Sin embargo, actualmente, soy la reclusa más limpia porque me bañan tres veces al día; en ocasiones, más. Aunque casi nunca hay agua en este muladar, pero se las arreglan para acarrearla en cubetas. Les gusta violarme en las regaderas. Si no me penetran, frotan sus vulvas contra la mía: dos tijeras restregando sus vértices.

Vivo en el noveno círculo del infierno, entre sombras transparentes como brizna de paja en vidrio. Aun si rezara, no descubriría el deslumbramiento místico, solo silencio, ni tampoco la condición para la poesía, a menos que lo grotesco quepa en ella en un intento por desglosar la sustancia universal de este sitio de mierda. Soy el castrado Abelardo recibiendo sanción a manos de cientos de Eloíisas que me violan con sus dedos, sus lenguas y sus penes enhiestos de goma y madera, sin que por ello se prodiguen placer; mientras, yo busco a Dios con mis palabras y además leo y te escribo. Te impresionarías con la cantidad de libros prohibidos que circulan en Santa Martha Acatitla, lo suficiente para redactar un manual de anarquía o de brujería, esoterismo y metafísica. Se me ocurre un título: *Cómo planear un complot contra el Gobierno en 10 días*, o *Teoría de la conspiración a la mexicana*, para hacer malabares y descubrir la unidad del pensamiento, un rayo de luz, un instante, el remanso de paz. Pero Dios no habita en estas celdas, y no importa que haya imágenes tuyas por doquier. Pareciera como si la miseria, el Corazón de Jesús y los hechizos fueran siempre de la mano. Pese a mis propios rituales, la imagen a la que llego irremediamente es, de nuevo, la soledad. La búsqueda de la reconciliación impide a las mujeres de la prisión razonar. No te imaginas, güerito, tú tan lógico e inteligente, cómo son supersticiosas, ignorantes, estúpidas. No obstante, veo en algunas la facultad para reconocer que hay esperanza, la esperanza para encontrar el sentido de su existencia. Te aseguro que por aquí anda el *Macguffin* de mi película. Voy a hitchcockearlas. De todos modos, no se van a dar cuenta...

Mi piel está verdosa y amoratada. Si no me reanimo, moriré. Me encuentro en algo así como en un "helter skelter" mccartniano, un tobogán en espiral en un parque mexicano cagado y recagado por los perros y que, a troche y moche, me conduce a la decadencia. En la película mis ojos aparecen en primer plano: un *extreme close-up*. Luego pienso, ¿quién se vestirá de mí para morir en mi lugar? Ignoro qué se sentirá que te metan los dedos por el culo si ya has fallecido, pero no le sucederá a mi cuerpo. Por lo pronto, debo espantar a las moscas, levantarme y disolver el charco de sangre, convencerme de que el entorno mágico de México del que tanto te hablé no existe. Tienes razón, Peters, México no es extraordinario. No existe tal encanto.

Cierro los ojos y llego a ti.

Alicia

Elías se siente cómodo y se comporta como el típico solterón europeo, con sus dinámicas emocionales, económicas y alejado de quien pudiera estorbarle para resurgir de la catástrofe marital. Sin que mediara razón, Alicia le envió con su abogado el Convenio de Divorcio. Lo firmó sin miramientos. Desde entonces, se ha retraído en casa y en los bares que frecuenta solo la mayoría de las veces. También ha comprado una guitarra eléctrica a la que le desgarran ásperos sonidos cuando intenta copiar sus canciones preferidas de rock. El instrumento es el ardid que le abrió los portones al entusiasmo, siendo que no lo había tocado desde su primera juventud cuando soñaba con ser Eric Clapton, Steve Clark o Rudolf Schenker. No es tan desafinado como se creía. Saca de oído cualquier línea melódica y, además, aprovecha los programas de acompañamiento de internet.

Es cierto y da la razón a sus amigos: se ha vuelto huraño, si bien disfruta la vida así, como comentan que hacen muchos en Europa. Se parece a los solteros de Mann, Pamuk, Saramago, Kundera; incluso de Coetzee. A veces, cuando no piensa en Alicia, se siente flotar en las algodonadas nubes de la soltería, y a ella se entrega sin reservas. Tal encantamiento ha persistido desde que firmó el divorcio. Parece como si el alivio hubiera derrotado a la angustia, sin que por ello se piense que no intenta dolerse aún por ella; simplemente, no sabe distinguir su propia angustia ni manifestarla. Cómo justificarlo: la emulsión de su carácter ha cuajado en una madurez pastosa, pues no se aferra a nadie.

Se despierta con el alba. Antes, solía hacerlo con el piar de los pajarillos; ahora es el ruido de los camiones escolares el que se encarga de ello. Pinchis malditos.

Elías es ingeniero en sistemas *telecom* y labora para Erisson México. Debido a su especialidad, tiene la libertad de trabajar en casa o en la oficina, en Tlalnepantla. Es el *trouble-shooter* quien investiga y da solución a problemas de configuración de software de gran tamaño para telecomunicaciones. Ante problemas complejos que a veces involucran varias y diferentes plataformas —incluso de distintos fabricantes—, asume el papel de consejero técnico para dirigir y coordinar a un equipo de ingenieros para dar soluciones. Esta ocasión, viernes, se apresura para dirigirse al corporativo.

En cuanto llega, inicia actividades con su equipo. Deben reparar la falta de comunicación entre servidores internacionales. Qué problema, porque los sistemas de Ericsson han tenido fallas a últimas fechas y él debe asegurarse de que funcionan para un cliente de telefonía móvil. Su monitor es un intrincado espacio colmado por caracteres insólitos, una pantalla en linux azulada que despliega los

sistemas de redes, semejante a los de *Matrix*. Elías ve el desánimo de los ingenieros. Están nerviosos. Él mismo tamborilea con los dedos en la mesa. Se arrellana en su silla, cierra los ojos. Piensa. En eso, entra María, su jefa y encargada del departamento técnico, al tanto de la crisis. Por un instante cree que Elías está dormido, pero se desmiente cuando ve que comienza a tijeartear el aire con los dedos. Él distiende los labios para dibujar una sonrisa a sabiendas de que su jefa está detrás de él. Su perfume la ha delatado. “Qué bueno que ya resolviste la bronca, Peters, —comenta María imitando la manera como Alicia, su esposa, lo llama— dales instrucciones a tus chavos y ven a mi ofis, por fa; necesito ver unas cosas contigo”. Sin abrir los ojos, Elías jala el teclado y comienza a escribir. “Sí, ‘orita te veo, —responde, con los ojos cerrados y aclara— tu perfume no me gusta.” “¿No te gusta?, sorry, cariño; a mí me encanta, y ya quita esa sonrisa de chacal; no te tardes, plis”.

María se aleja. Se pierde por pasillos y cubículos. En cuanto los subordinados comprueban que la jefa ya no puede adivinar sus gestos, ríen con malicia. Uno le da un codazo cómplice en el hombro. Elías no puede evitar sonreír, abre los ojos y comprueba la exactitud de lo que había estado tecleando; corrige errores de dedo, sube la configuración y la aplica al sistema. De pronto, se logra la comunicación entre servidores de Europa con México, aunque de manera parcial. El sueco parece estar hecho del material más volátil. “Hagan conferencia con Canadá para corregir lo que falta, —ordena— ya vuelvo”. “¿Y la carga del procesador, chif?”, pregunta uno de sus subordinados. “Está chingada, pero confío en que ustedes la arreglarán cuando regrese”. “¿De echar novio?”, pregunta la única ingeniera del equipo. Todos los subordinados, al unísono, hacen un aspaviento: ¡Uuuuuuuu! El *trouble-shooter* hace los ojos chicos y les escudriña la risa.

Antes de ir con María, se detiene en la máquina de golosinas. Mira el contenido sin decidirse por nada. Alguien se para detrás de él; se trata de una chica flaca, con aire distraído, castaña, sin el menor uso de maquillaje, vestida con camisa polo azul y pantalones caqui. *Típica ingeniera*. La examina con la misma parsimonia que a las bolsitas de frituras. “En este país todo es con chile y limón, —comenta él— no tiene sentido; todas pinchis pendejadas de esta máquina tienen chile y limón”. La chica finge una sonrisa sin saber qué decir. El sueco introduce una moneda y del contenido salen papas fritas. Las toma y se va sin despedirse. Recorre los pasillos hasta la oficina del fondo. Irrumpe, sin tocar. Deja la puerta abierta y la manija embarrada de chile piquín enlimonado de las frituras. Mastica con deleite las papitas. Ve a su jefa seria, sentada ante su escritorio, papeles en mano. Nota que está fingiendo. Elías permanece de pie, le acerca las papitas, pero ella las rechaza con cara de asco.

“¿Ya quedó?”, pregunta ella con aire autoritario. “Falta poco”. “Escuché las risitas de tu gente y su ‘iuuuuuuuu!’, Peters; no me hace gracia.” “Fue tu culpa, Mary; antes no ibas a Cuarto de Máquinas ni cuando se caía el sistema en todo el planeta. “¿De plano se nota que me encantas?”, pregunta ella. “Dices que mi gente se ríe ¿no?; saca tus conclusiones”.

La apariencia de su jefa, avergonzada y dictatorial, se ilumina. Los ojos le brillan. Se muerde un labio. Elías presiente lo que sigue y se anticipa: “Mentí. Sí, me gusta tu perfume”. “Yo sé, Peters, eres muy mal mentiroso, lo malo es que me dejaste al descubierto con tus chiquillos; ¿adónde me vas a invitar a cenar?, —pregunta—, ¿con tus amigos de la Condesa?” “No puedo, —dice y se mete dos papas fritas a la boca. Se oye el sonido de masticación— Hay crisis; está complicada la bronca, la verdad no sé si podemos arreglar la falla hoy; además, faltan conferencias con Suecia y Canadá”. “Sí que podrás, Peters, yo te ayudo”, dice y se pone de pie, cierra la puerta y lo abraza de la cintura. Pone la cabeza en el pecho de Elías; luego, le toma la mano, mete su dedo índice a la boca y saborea el chile piquín de las papitas. Lo mira y casi ronronea como gatita. A Elías le viene la imagen de las noches que últimamente han pasado juntos y, más que el placer de los episodios, mediados por el alcohol y la madrugada, se acuerda del fastidio que le produce la mañana siguiente, cuando la escucha levantarse y tomar posesión del baño. Oye sus ruiditos de intimidad en el retrete, percibe su olor mañanero, y cuando sale y va a la cocina —él finge dormir—, prepara el desayuno y lo lleva a la cama en una actitud de lo más encantadora, pero lejos de agradecer y sentirse halagado, detesta esa actitud. *Latina*. Sabe que si la invita a cenar se verá obligado a llevarla a su apartamento a pasar la noche, y no quiere. ¡Pero qué tonto! Cómo no se le ocurrió llevarla a un motel. Entonces imagina lo que vendrá si en efecto la invita. Tiene ante sí el hábito de la incomodidad, el ansia porque, después de hacerlo, tome sus cosas y se largue. No se explica por qué intimó con María rompiendo todas las leyes del sentido común en el trabajo, ¡y al poco tiempo de que Alicia fuera encarcelada! Imperdonable. No fue algo sexual. Lo que pasa es que se sintió extasiado cuando marchaba con paso triunfal a la comarca del adulterio.

Elías no es buen mentiroso. Le choca inventar una historia y luego verse obligado a atenerse a ella. Cómo negarse; de hecho, no quiere acostarse más con su jefa. El silencio gravita, su dedo dentro de la boca de su jefa. «Mmh, qué rico chilito piquín», piensa ella. Se le descompone el rictus mientras María sonríe sin dejar escapar su presa. Se aproxima más a él. Se restriega contra su cuerpo. Elías se percata de que huele a otra cosa, además de perfume. Emanan algo que ahora le desagrada: clavo mezclado con pimienta y nueces rancias... ¡Uf! El olor de su sexo. Ebrio y de madrugada, no había percibido ese caldo de feromonas.

“No puedo invitarte a cenar hoy, Mary... lo siento”. La jefa extrae el dedo de su subordinado con rapidez y se oye el sonido que produce al sacarlo. “¿Por qué, Peters?, mínimo una copita en la Condesa; ¡es viernes y hoy toca!”

María tiene un humor diferente; aparenta mansedumbre, entrega, si bien Elías sabe de su temperamento sospecha que hoy está a punto de explotar. Así lo comunica su mirada aun detrás de la expresión minina. Es alta y de bonita figura, tiene cabello negro, cara oval y expresivos ojos verdes. Los labios son sugestivos; parecen siempre decir algo. Preocupada por su apariencia, viste impecable y camina con seguridad; su pelvis oscila como péndola de reloj de piso. Se hace irresistible cuando se pone camisa y corbata: una colegiala MBA de treinta y cinco años de lo más profesional. No obstante, en este momento, no está dispuesta a ser rechazada. Se siente vulnerable —guarda un secreto que la amedrenta—, y al mismo tiempo el ingeniero la intimida. Ella también conoce su carácter. Elías se relaja y la besa. Sobre sus labios dice: “Hoy no, Mary”, y luego se abstrae en su imaginación, discurre por las sábanas que envolvieron el cuerpo desnudo y tibio de María. Piensa, primero, que eran café oscuro; luego, en el aroma de que se impregnaron cuando ella se fue, el deleite que sintió cuando se tapó la cara con la almohada y aspiró el olor de su pelo, olor de sueño y de avidez. Recordó su pubis, la parte que más le gustó de ella.

“Quiero verte, Peters, quiero pasar contigo el fin de semana”, dice, sacándolo de su ensimismamiento. Entonces amplía el diámetro de su reflexión y encuentra la salida: “Recibí carta de Alicia”. “¿La carta que cada mes te manda?”, pregunta María. “Sí, y para ser honesto, no me siento bien; soy un miserable”. Pronuncia «miserable» y finge que se le quiebra la voz. “Pero si ya están divorciados, mi amor; ¡eres libre!”, aclara María. “No cuando comenzamos a acostarnos tú y yo”. “¿Y eso qué tiene que ver?”

Algo en el comentario, además de garantizar la escapatoria, rozó una cuerda sensible que lo hizo disgustarse: “Alicia es mi mujer y fue mi sposa —aclara—, y está presa en este pinchi país con sus putas leyes nefastas; no tiene que ver que stemos divorciados; se debe haber enterado de mis pendejadas; si aquí todo mundo sabe”. “Nadie lo sabe, cosita, nomás lo imaginan...”

Elías corta la plática con un gesto definitivo, murmura algo en sueco sin apartar la vista del fleco de cejas que encuadran los hermosos ojos de María y cree ver en ella una sonrisa nerviosa, consciente de que lo que ha dicho arruinó sus planes. Se abre el cielo y rayos de luz oleosa se cuelan por las persianas. Uno se instala de lleno en el rostro de María, lo difumina, lo hace ver como un parhelio antártico. Ella pestañea. Lloro, sin que él lo note porque su cara se ha fundido con la luz. El rostro emerge del halo y le planta un beso en la mejilla: “Perdóname, no quise ofenderte; sé cómo te

sientes; ahora, si me permites” . . . , dice y sale de la oficina. La gente nota su aflicción mientras va al baño. En su andar la cadera se balancea deliciosamente. El trasero se le ve como nunca con esa falda gris. “Pinche sueco, mira lo que se anda comiendo, kaon”, comenta alguien y otra persona le responde: ¡Shhh!

*Ellos saben, claro que lo saben.*

Elías vuelve a Cuarto de Máquinas con paso sonambúlico. Arroja la bolsita de papas fritas al cesto de basura. “Hagan conferencia con Canadá”, ordena. “Ya, chif, están en la línea; ¿quiere que la ponga en altavoz?” Se queda inmóvil, como un oso perezoso a mediodía. “¿Chif?” “Eh. . . sí, pon altavoz”.

Por la noche, en su apartamento, intenta ver un programa de la televisión sueca. Se está quedando dormido con el control remoto en la mano. El timbre suena. Y ahora quién será. Para la oreja para comprobar si lo imaginó o de verdad lo llaman; oye un zumbido constante. Es el refri. El timbre vuelve a sonar. Cuando estira el brazo para encender la lámpara de noche tira un vaso de leche a medio beber. Se hace añicos y todo alrededor se moja y gotea. Refunfuña. Sale del cuarto y, en la cocina, coge el auricular del interfono: “¡Quién!” No hay respuesta desde la calle. Solo se oye el ruido de la intemperie. “¡Quién es!” Ahora suena el timbre del departamento. Se vuelve y ve la sombra de los pies de alguien debajo de la puerta. Molesto, avanza y abre con brusquedad. Ve la figura disminuida del portero, la mirada baja, las manos entrelazadas. “Y ahora qué, Romualdo”. “Perdón, don, pero aquí está la señito María, ¿qué hago?, ¿la dejo subir?; está en el vestíbulo; no podía dejarla en la calle; ya luego tocó el timbre de mi cuarto y que mi vieja me regaña porque los niños se despertaron, oiga”. “Vad fan nu då!” “¿Qué dice que dijo, don?”, pregunta el portero. “Nada que tú entiendas”. “Le dije a la señito que a lo mejor usted ya estaba dormido, que mejor viniera mañana, pero no quiso, me pidió que le permitiera pasar; ya ve cómo son. . . ; tons la dejé esperando”.

Elías desea con toda el alma irse a la cama, oye a lo lejos el programa con el que cabeceaba, habla de política, del DS, el partido xenófobo con mayoría en el Riksdag. *¿Qué sigue ahora que Suecia revalida a los conservadores y la ultraderecha vuelve al Parlamento?*, pregunta un líder de opinión. *Demócratas de Suecia asegura que ha sepultado su origen neonazi y promete frenar la inmigración.* Y luego cita un eslogan en boga: *“La política es cuestión de prioridades. Tú decides si recortamos las pensiones o recortamos la inmigración”.* “¿Qué hago, don?, ¿le digo que se vaya o qué?”

Por su gesto, se diría que Elías no tiene la voluntad de ceder ni un centímetro de su cama a su jefa. Con todo, sabe que algo sucede. Últimamente el tiempo de María ya no es el tiempo del adulterio ni el de su trabajo en Ericsson. Ha huido a las leyes

de otra galaxia. Qué se traerá. Su mirada, distraída entre las voces de la televisión y la presencia de aquel hombre, se concentra en su nariz aplastada y luego en el crucifijo que pende de una cadenita de plata. “Ya que tú no tienes güevos para echarla, voy a bajar a hacer tu trabajo”. “Uy, don, no diga eso, oiga; no se sulfure; yo qué culpa. . .

En el vestíbulo, aprieta la dentadura para no parecer fúrico. María, por su parte, se pone a llorar. Su presencia lo abarcaba todo. Resalta por encima del vapor de las coladeras en la calle, y tiene como fondo la edificación agrisada de enfrente. Llueve, así que viste un abrigo de lana y pantalón. No recuerda haberla visto así en el trabajo. Reconoce que se ve guapa, más con el cabello suelto porque la humedad lo riza, pero el llanto le parece cursilería de latinas aunque, en ese momento, las lágrimas y los ojos enrojecidos la hacen poseedora de una vitalidad animalesca, esencial. Le da alcance el aroma de clavo mezclado con pimienta y nueces rancias, el mismo que ahora sí lo estimula. Su primer impulso, abrazarla, pero se detiene; prefiere dar rienda a la expresión líquida de. . . ¿preocupación? ¿Desamor? ¿Amargura? La mira sin hesitar, de pie frente a ella. En eso, oye cuando se abre el portón automático del edificio y entra un coche que se dirige al subterráneo. El portón se cierra. «Ahora no estorban pinchis camiones», piensa Elías y olvida el detalle de inmediato. María suelta una risa mojada, de alguien que habla bajo el agua o hace gárgaras. Se repone e intenta ser jovial: “Perdóname, Peters, lloro aquí y lloro en la oficina; qué vas a decir, que estoy loca”. “¿Quieres subir? —sugiere él— te preparo té”. María se enjuga con un pañuelo desechable: “Sí, tecito está bien”. . .

La toma de la mano con docilidad y la lleva al elevador. Al abrirse las puertas, coinciden con aquella persona que acababa de entrar con su coche. Es una chica. Buenas noches, dice. Buenas noches, responde, unánime, la pareja. El elevador comienza a subir. El olor de María se mezcla con la cortina fragante de la desconocida, un tanto más apacible y natural. A él le viene el recuerdo halagüeño de los viejos amores, socorridos por la ilusión de los amores que vendrán. Imposible ignorar la presencia de la desconocida, quizá de la misma edad que María. Intenta echarle un ojo para comprobar si es cierto lo que señaló Romualdo de ella, pero es imposible, dado que su acompañante lo tiene bien agarrado de la mano y lo observa de fijo. Solo le queda aparentar desinterés. Adivina que es su inquilina, pero no se atreve a presentarse. No es el momento. Además, discretamente y a través del espejo del ascensor, María la examina. Comprueba que es bella y parece no ser una amenaza: está absorta en sus reflexiones. Parece entregada al disfrute de los segundos que la separan de su nueva vivienda. Paran en el mismo piso. Se abren las puertas. Él les cede el paso y camina detrás. Tiene ocasión de compararles el trasero; el de María, muy superior, es más espigada y nalgona, por lo tanto se delinea con finura

—recuerda cómo le manoseaba el culo con movimientos jadeantes o acompasados según el ánimo con que lo hicieran— y camina con esa cadencia que vuelve loco a todo Ericsson; sin embargo, la apariencia de la otra no está nada mal, menuda, como dijo el portero, pero no sabe si fuera de lo común. No percibe ese *algo* que la hace intelectual o extraordinaria. Será la medianoche...

La vecina se detiene ante su puerta. De su bolso saca la llave. Mientras abre los cerrojos, Elías oye el sonido que producen y lo hace evocar cuando Alicia, ya convertida en su vecina, llegaba tarde de trabajar; a veces ella le llamaba para informarle de su llegada o ponía música a todo volumen: un jugueteo cuyo propósito era que no se olvidara de su cercanía, sin dejar de lado las furtivas vueltas que ella se dio para meterse en su cama y después regresar a la suya.

La pareja continúa pasillo adelante. Buenas noches... Buenas noches, responde la chica. Él empuja la puerta semiabierta y permite a su jefa entrar. Antes de cruzar el umbral, se vuelve. Su mirada entra en contacto con la de su arrendataria. Se percata de que permaneció allí, en el quicio, previendo que aquello ocurriría. *Curiosity killed the cat*. Está habituado a despertar la intriga de los mexicanos; percibe las miradas de fisgoneo instintivo debido a su apariencia escandinava, y más cuando habla. La expresión de la nueva vecina tiene algo de orgullosa y atrevida, desafiante. Romualdo tenía razón, es bonita. ¡Qué ojos! Ella devuelve la mirada sin reservas y de un modo apacible, resuelta a llevar el instante al extremo porque es capaz de soportar cualquier silencio. Transcurren tres, cinco segundos. Él, inmóvil, no encuentra el proceder adecuado y a la altura de la situación, no sabe si sonreír o volver a dar las buenas noches. Eso sería ridículo. María lo observa enfadada desde el interior. Decide actuar: lo jala del brazo y, antes de cerrar la puerta, se asoma al pasillo. La joven ha desaparecido, encerrada bajo llave.

Elías no se enoja por el gesto. Abre la ventana del pasillo, pone a calentar agua y se sienta en la cabecera del comedor, sitio desde donde tiene el ángulo para vigilar la ventana de enfrente. Sin darse cuenta, se le ha dibujado una sonrisa juguetona; se le tuerce la boca. Puede ver la sombra de la vecina pasar de vez en cuando detrás de los cristales opalizados. En tanto, María va al baño de la recámara principal para darse una «manita de gato». Intenta ocultar la huella del llanto. Se desenvuelve cual si fuera su territorio doméstico. Cuando termina, sube, prepara el té, lo sirve y se sienta a su lado. Mira a Elías a través del filtro del tiempo. Rememora cuando lo conoció. En Ericsson se dieron cuenta de que le gustó desde el instante en que pisó la empresa. Le parecía irresistible: su estatura, complexión y sus facciones, un hombre con características únicas. No es que proviniera de Suecia. Ya estaba acostumbrada a ellos desde que fue contratada. Le estremecía su, a todas luces, *stamina* sexual (lo

notaba en los movimientos de Alicia, en su sensualidad de casada cuando coincidían en alguna reunión de compañeros de trabajo), su aire cosmopolita y la exuberancia de su talento. Su aroma natural la enloquecía y también sus manos. Es determinado, rotundo, aunque cree que ha cambiado desde que su mujer fue recluida. No se lo sabe explicar. Ahora lo tiene enfrente, atisbando la ventana.

“Andas de coqueto, Peters”. Él responde: “¿Qué, Mary?” “No te hagas güey, la mano no te suda ni cuando” El sueco se mira las palmas de las manos. En efecto, las tiene húmedas y brillosas: “¿Te referes a la vecina?” Ella lo presiona: “¿Por qué abriste la ventana?, ¿para verla?, dudo que abra la suya a esta hora; es tardísimo”. “La abrí porque hace un pinchi calorón”. “¿Calor?, estás loco; si hace un friazo, y además la lluvia se está metiendo, imira!” “Recuerda que soy de scandinavia”. María hace un gesto con la mano y deja de lado el tema. Comienza a platicarle sus problemas. Intenta contarle algo pero ve con tristeza que no le pone atención. Ve cómo se dedica a dar atisbos a la ventana vecina, desilusionado porque ya no distingue la sombra de la desconocida. Escucha una música que lo hace distraerse. La jefa lo reconviene: “Si no me vas a pelar, mejor me voy”. “No te vayas, Mary, cuéntame”. Ella reanuda su relato, tiene que ver con el trabajo. “¡Eva Dahlgren!”, afirma Elías de pronto, interrumpiéndola. “¿Qué?”, pregunta ella exhausta. “La vecina está escuchando Eva Dahlgren”. “¿Quién carajos es Eva Dölggrrrn?” “Es cantante sueca muy buena —explica él— ¿puedes creerlo?” “Lo que no puedo creer, Peters, es que te valga que esté aquí queriendo seducirte; es increíble que la intelectualoide ésa te haya gustado por los cinco segundos que estuvimos en el elevador”.

Elías parece salir del trance. La mira asombrado con aspecto de niño perdido. María se siente morir.

¿Es posible que Elías, ingenioso y centrado, la decepcione con su actitud y sus frases erradas, expresadas de manera unívoca?

“Ya la conocías, ¿verdad?”, pregunta. “Jamás la había visto; pagó la renta todo el año a Romualdo; ¿cómo sabes que es intelectual?” “¡Ah, pues porque yo sé todo de ti, Peters!”, dice con indignación. *Pinchi Romualdo soplón*. Parece que del desencuentro están al borde del encontronazo. Igual que con Alicia, Elías ve imposible la unificación de los opuestos; de nuevo, la absoluta diferencia entre lo mexicano y lo sueco. Cómo detesta la pasión desbordada de las mexicanas. Con todo, cuando se integra con una, se vuelve universal; su adoptado espíritu latino agrada en Suecia tanto como en México su esencia escandinava. Es ese el aire contemporáneo que cautivó de inmediato a su jefa y a tantas otras en la barra de los bares.

Una voz extática y mandona se le ha adherido a María en los labios: “Voy a bajar a tu cuarto y me voy a desnudar, Elías; te doy cinco minutos para alcanzarme; puedes

ver a tu vecinita todo lo que quieras en ese lapso, pero si el reloj da la una, me desvanezco: ifuahh!; ya no me encontrarás, ¿entiendes?” “¿Qué dice esta loca? ¿Que va a desaparecer?” “¿Acaso no quieres tener un hijo con nadie, Peters?; lo platiqué contigo; este es mi momento; te espero en la cama”.

María baja. Enciende la televisión —el programa político ha terminado, ahora pasan *Swedish Idol*, la versión sueca de un concurso de canto. El cantante Tommy Körberg está entre los miembros del jurado. Aparece con aire refinado, aunque ya un poco aburrido del discurso que un colega le suelta a un aspirante sobre la emisión de la voz y su desempeño en el escenario—. La apaga. Ajusta el interruptor dejando el cuarto casi en la penumbra. Entra en el baño para darse de nuevo una manita de gato: se pinta los labios y arregla su cabello. Se unta perfume en el cuello y en la brecha de los senos. Comprueba que sus ojos ya no los tiene enrojecidos; aún así, las lágrimas le han rizado las pestañas bellamente. Desnuda, se cubre con la bata de Elías. Al aproximarse a la cama, pisa los vidrios del vaso roto y se corta el pie: “¡Ay!... ¡Chingada madre!” El charco de leche enrojece. En la cama, saca el vidrio clavado e intenta detener el sangrado con la mano. Imposible. Se hace un torniquete con la cinta de la bata. Cojeando, vuelve al baño: “¡Peters! —grita— ¡Peters!” Él no responde. Como puede, sube el pie al lavabo y abre el grifo. Examina: se ha hecho una buena cortada: “¡Peters, carajo!, ¡ayúdame!, ¡me corté!” El lavabo es pequeño y, como el agua sale con profusión, se chorrea y moja el embaldosado. Arroja la bata al piso y la usa de tapete para no seguir ensuciando. El tejido blanco de rizo se tiñe de grana. Suena el reloj del buró anunciando la una. Pero el tiempo se distiende mientras hace un esfuerzo por detener el sangrado. Cuando se da cuenta, ya es la una y media. Aplica el torniquete y sube con su única prenda en el pie. Renquea y deja su rastro: una raya de sangre tortuosa y discontinua. Intenta llevar sus pasos a la cocina donde quizá encuentre alcohol, algodón o lo que sea para curarse. Hace frío porque la ventana sigue abierta, aunque ha dejado de llover y las nubes han dado paso a la Luna. “Peters, ¿dónde estás?; te dije que cerraras la ventana; ya se mojó todo: piso, sillón, el aparato éste de internet”... Asoma y se encuentra de frente con la vecina desde su ventana espiando el interior del departamento. Perturbadas, se miran. Las tetas de María, de tan blancas y gracias al resplandor de la noche, imitan a la Luna y su plenitud. Se enmarca como una obra de Jean Cousin. Las mujeres se sienten tan cercanas, que aquella desnuda parece Gabriela d’Estrées en el baño con su hermana a punto de ser pellizcada en un pezón para recibir la noticia de que tendrá un hijo. Las rodea una atmósfera sugestiva pero, qué hacer, cómo dar fin a la turbación. De improviso, ambas cierran su respectiva ventana. El espacio interior del edificio retumba. «¡No mames, qué oso...!»», murmura María.

Curada y vestida con pijama de hombre y enormes pantuflas, se dedica a buscar a su anfitrión. Solo le falta la azotea. «Ha de andar arriba fumando y chupando whisky», piensa. Echa una ojeada y ve que la puerta de entrada está cerrada con las llaves pegadas por dentro como ella misma las dejó. *Por aquí anda...* En la azotea no hay nadie. Baja al estacionamiento: ¡Allí está su coche! El vestíbulo, desierto. Ve luces en el cuarto del portero pero no se atreve a tocar. Es Elías quien se ha esfumado. Sin duda, ha preferido evitarse el fastidio de amanecer con ella. El resto de la noche la dedica a limpiar sangre, leche, vidrios y tazas de té. Cuando ha terminado, se mete a la cama a dormir. *Ya vendrá el pendejo*. Horas más tarde, al amanecer del sábado, la despierta el sonido de la reversa de los camiones escolares.

Elías es un ingeniero sueco que trabaja para Ericsson México. Tipo brillante, carismático, bien parecido, posee la extraña habilidad de mantener a raya sus sentimientos y emociones frente a cualquier aventura que emprenda, trátase de sexo o trabajo. ¿Qué es lo que persigue? ¿Qué impulsos lo fuerzan a guardar ese equilibrio, pese a su cerebro y sexualidad siempre alertas, sin que nadie lo intuya? ¿Cuál es el secreto que cada tanto lo sacude, aun cuando es imposible que alguien lo descubra... a menos que él mismo confiese?

Por otro lado están las mujeres en la vida de Elías, y quienes no están allí por mera casualidad, pues hasta los encuentros fortuitos parecen fríamente calculados: Alicia, su ex esposa, encarcelada por un crimen que se ve obligada a cometer por sus secuestradores, le escribe desde la prisión inquietantes cartas que entreveran sus sórdidas experiencias carcelarias, con evocaciones de su vida en común, no menos escatológicas; María, jefa de Elías, mujer tan hermosa como inteligente, es testigo, en cierta forma, del detonante de la bomba interior que él ha mantenido resguardada de su vida aparentemente exitosa. Tras el inicio de una nueva realidad tras el escándalo en Ericsson, las hermanas michoacanas Dahlia y Francisca, con quienes sostiene una relación más allá de lo sexual, lo llevan a cambiar su estilo de vida y centro de operaciones. Inmersas en un mismo trauma de infancia, las hermanas permanecen el acecho de los criminales que campean la región y a los que, sin embargo, manipulan. Elías, adaptado al estilo de vida mexicana —sin abandonar un talante crítico ante lo que termina por formar parte de su particular sentido de folklor— divide a las mujeres en desfuegos sexuales y cómplices de una aventura que él mismo no alcanza a determinar, pero de las que todas forman parte. Las cartas de Alicia y su convivencia con estas hermanas que parecieran albergar su misma sociopatía, conforman un coctel explosivo que derivan en una novela que, si bien expone el México sanguinario y violento, el México a merced de la delincuencia organizada y las perversiones derivadas de esta forma de vida, se aleja años luz de los lugares comunes que caracterizan la contemporánea literatura mexicana donde abundan los malos que pudieron ser buenos y los buenos que se niegan a ser malos. En el mundo de *La agonía de las dahlías* no hay buenos ni malos; ni perversores ni inocentes: hay supervivientes que dependen unos de otros y se arman hasta los dientes de un escudo contra nuestra adormecida sociedad: la inteligencia, la creatividad —y su contraparte: la destrucción— y una delirante alianza entre *Eros* y *Tánatos*.

Eve Gil



ISBN: 978-99974-66-54-9



9 789997 466549